desgracia. Tú que sabes el interés que tenemos por Alejandra, además de la caridad, hazlo con empeño: la noche está avanzada y es necesario no dormirse.

Don Roque salió, y algunos minutos después sacaba á Perucho disimuladamente del fandango.

III

Malas noticias

A su parecer, el buen cura tomaba todas las precauciones para evitar una desgracia; pero como el lector habrá visto, de nada sirvieron, y el viejo insurgente cayó atravesado de un balazo en medio del camino, y los encubiertos se apoderaron de Alejandra.

El pobre cura no pudo dormir, y se paseó de arriba abajo en su salita, toda la noche. La señora Joaquina quiso hacerle compañía, y se sentó en una silla; resistió un poco el sueño; pero como su espíritu no estaba tan agitado, á poco tiempo se reclinó sobre la mesa y comenzó á roncar.

A cosa de las tres llegó don Roque.

—¿Qué sucede? dijo con impaciencia el cura.

—Todo está dispuesto: van á ensillar ya los muchachos, y salen luego; hemos perdido mucho tiempo buscando algunas armas, porque no tenían más que sus machetes, pero ya están listos.

—¿No quedarán mal?

—Pierda usted cuidado, son de toda confianza.

—Bueno, retírate á descansar.

—Voy á dar una vuelta á casa de Perucho, para agitarle, y me voy á acostar.

El cura cerró la puerta, despertó á la señora Joaquina, la envió á su cuarto, y él se tendió sobre una hamaca.

La inquietud le devoraba, y no pudo pegar ni un instante los ojos.

La luz de la mañana comenzó á deslizarse por las hendiduras de las puertas de la calle.

El cura se levantó.

Aquel día dijo la misa más temprano que de costumbre, y los feligreses advirtieron que se olvidó, aunque era domingo, de leer las amonestaciones de los matrimonios, después del Evangelio.

La señora Joaquina levantó de la mesa casi intacto el enorme pocillo de chocolate y el cerro de marquesotes del desayuno.

Cerca de las doce del día, un hombre, montado en una mula flaca, llegó á la puerta del curato, se apeó dejando su mula abandonada, y entró sin ceremonia.

El cura, en su hamaca, meditabundo pensaba:

—¿Qué habrá sucedido?

—Buenos días dé Dios á usted, señor cura; ya estoy aquí, me ha ido muy mal, hemos tenido una desgracia muy grande.

El cura se paró como impulsado por un resorte, pero no se atrevió ni á preguntar.

Por la puerta de la calle asomaba el rostro espantado de don Roque. La señora Joaquina aparecía pálida por la otra entrada del interior de la casa.

—Pues señor, ello es, que como Perucho había dado sabana á los animales, y no estaban en la casa, tardamos en salir, y don Plácido se adelantó; nosotros pica que pica para alcanzarlos, hasta que oímos dos tiros, y echamos á correr para divisar qué sucedía; á poco, zas; los mozos que volvían huyendo; les hicimos volver, y llegamos al recodo: don Plácido, tirado en el suelo, herido, su perro junto á él aullando, ¡pobre animalillo, y qué fiel que es! y la muchacha ¡anda vete! ni su luz.

—¡Jesús nos valga! exclamó el cura, cubriéndose la cara con las manos.

—Pero ustedes ¿qué hicieron? preguntó don Roque tomando parte en la conversación.

—¡Toma! Pues yo ir por unos hombres para traernos á don Plácido en un tapestle de ramas que hicimos, como que hasta cerca del estero encontré su mula, que por más

señas había perdido una pistola, y no después me hagan el cargo...

— Bien, bien, ¿y los demás? dijo el cura.

— Los demás se fueron por todo el camino, recio, recio, porque todavía los otros los vimos lejos; pero Perucho dice que si no llevan muy buenas bestias, no se le escapan.

Un rumor se escuchó en la plaza.

Doña Joaquina se asomó.

— ¿Qué traen ahí, que viene tanta gente?

— Ha de ser á don Plácido, dijo el hombre que trajo la noticia, que yo les encargué á los muchachos que para acá se vinieran, porque ahora el pobre no tiene ni quién le cure, y la señora Joaquina es tan buena...

— Has hecho bien, muy bien, dijo la señora Joaquina.

— Que entre, que entre.

Don Plácido, excesivamente pálido, y cubierto de polvo y de sangre, venía en una especie de camilla improvisada con ramas, casi desmayado.

La gente que le acompañaba se detuvo respetuosamente en la puerta del curato, quitándose los hombres los sombreros: el herido entró, la puerta volvió á cerrarse, y el concurso se disolvió, haciendo cada uno diversos comentarios. Los que conducían la camilla se retiraron, y don Plácido, acostado en la misma cama del cura, quedó solo rodeado de la señora Joaquina, el cura y don Roque.

Sin embargo, otra persona se había deslizado por la puerta, y quedaba en uno de los rincones contemplando la escena con una especie de curiosidad muda.

Era la «Guacha».

Nuestros lectores conocen ya á la «Guacha», á la propietaria del jacal adonde entró don Roque para escuchar la conversación del padre Bernal con el tío Lalo; pero ahora vamos á procurar describir su persona, y lo poco que se puede saber de sus antecedentes.

La «Guacha» era una mujer alta, blanca y de una edad incierta: algunos rasgos de su fisonomía indicaban que aún no era una vieja; pero la miseria y los padecimientos habían encorvado su cuerpo, que, demacrado y cubierto por harapos de indeciso color, había tomado el aspecto de la ancianidad.

Un viejísimo rebozo era el complemento de su traje; la «Guacha» era la personificación de la desgracia, de la miseria, del hambre, del abandono.

Las gentes de la costa llaman «Guachos» á los que van del interior del país: palabra despreciativa que entre ellos significa advenedizo, como en el Diccionario la de expósito significa abandonado.

Hacía como seis años que una pordiosera había aparecido en el pueblo y venía del rumbo de México.

Su color, sus costumbres, su modo de hablar, indicaban á los vecinos que era de alguno de los Estados del centro;

no tenía nombre, al menos ninguno lo sabía, y la bautizaron con el apodo de «Guacha».

El cura le dió por asilo un jacal abandonado, y allí le enviaba siempre algunas provisiones; la mujer no tenía ya necesidad de salir, y se pasaban dos y tres meses sin que se la viera por la calle.

No iba ni aun á misa, pero sus enfermedades la disculpaban, y ni los más timoratos se escandalizaban; por el contrario, las limosnas eran cada día más abundantes, y la pobre mujer vivía tranquila, sin salir ni ver á nadie.

Aquel día, como una cosa notable, se la veía en las calles.

Había entrado hasta la pieza en que estaba el herido; pero ni el cura ni los demás notaron su presencia: tan preocupados estaban con los acontecimientos.

La señora Joaquina y don Roque habían ya desnudado á don Plácido y le habían metido entre las sábanas.

—Ya no tardará el barbero que viene á hacerle á usted la primera curación; por ahora, estése usted muy quietecito.

—Sí, indicó el enfermo con la cabeza.

La puerta crujió, y la luz que penetraba por la ventana iluminó de lleno la cabeza del padre Bernal, que se destacó á la entrada del aposento.

—Lobo, murmuró la hermana del cura.

—¿Puedo pasar? dijo el padre Bernal, deteniéndose en el umbral.

—Espéreme usted afuera un momento en la otra pieza, contestó el cura notablemente emocionado.

Bernal desapareció, y la puerta volvió á cerrarse.

El cura se acercó á la cama del herido, le miró como para cerciorarse de su estado, y luego se dirigió al cuarto en que el padre Bernal le esperaba.

En el momento que llevaba la mano al pasador, sintió que le tomaban convulsivamente del brazo, y vió á la «Guacha» que, trémula, con los ojos chispeantes y más pálida que de costumbre, le decía con una voz conmovida y que no era la suya:

—¡Ese hombre no es sacerdote, ese hombre es un criminal, un malvado; cúidese usted, señor cura, porque es una serpiente!

—¡Pero cómo! dijo asombrado el cura por aquella repentina mutación de la idiota.

—Después le hablaré á usted; pero si duda, pregúntele usted á ese hombre si conoce á Celso Valdespino.

El cura vaciló un momento, y salió de la habitación.